

# ECUADOR DEBATE 21

Quito, Ecuador, octubre de 1990

## PRESENTE Y FUTURO DE LA IZQUIERDA

- José Sánchez Parga
- Adrán Bonilla
- Carlos de la Torres Espinosa
- Wolfgang Schmidt
- Michel Lowy
- Régis Debray

Dos años de  
Gobierno  
de Borja:

**CORTESANOS  
EN PALACIO**

Diego Cornejo Menacho

**LOS LIMITES DEL  
CONTINUISMO**

Alberto Acosta



La crisis de Guayaquil y los nuevos populismos  
El agro ecuatoriano visto por las Ciencias Sociales

# ECUADOR DEBATE

# 21

Quito, Ecuador, octubre de 1990

BIBLIOTECA

FLACSO  
ECUADOR

- POLITICA** Diego Cornejo Menacho.  
Dos años de gobierno de Borja:  
**CORTESANOS EN PALACIO /5**  
Rafael Guerrero.  
**LA CRISIS DE GUAYAQUIL Y LOS NUEVOS  
POPULISMOS /16**
- ECONOMIA** Alberto Acosta.  
Dos años de gobierno de Borja:  
**LOS LIMITES DEL CONTINUISMO /23**
- TEMA CENTRAL** José Sánchez Parga.  
**¿ES REFUNDABLE LA IZQUIERDA NACIONAL? /48**  
Adrián Bonilla.  
La izquierda ecuatoriana en los últimos 30 años:  
**LA DIFICIL TAREA DE REDENCION /52**  
Carlos de la Torre Espinosa.  
La crisis del marxismo:  
**¿ATRAPADOS SIN SALIDA? /64**  
Wolfgang Schmidt.  
El fin del centralismo económico:  
**LAS CERTEZAS DERRUMBADAS /75**  
Michel Löwy.  
**8 TESIS SOBRE LA CRISIS DEL "SOCIALISMO REAL" /86**  
Régis Debray  
**EL FUTURO DE LA IZQUIERDA /90**
- ANALISIS** Fredy Rivera V.  
**EL AGRO ECUATORIANO VISTO POR LAS CIENCIAS  
SOCIALES: 1975-1990 /96**
- CRITICA** José Sánchez Parga.  
Lévi Strauss:  
**ENTRE ETNOCENTRISMO Y RACISMO /107**
- RESEÑAS LIBROS /111**

R224 Rev 9826

# ECUADOR DEBATE

**CONSEJO EDITORIAL:** Francisco Rhon Dávila, José Sánchez Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Epinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera.

**DIRECTOR:** José Sánchez Parga

**EDITOR:** Diego Cornejo Menacho

**ECUADOR DEBATE** es una publicación periódica del Centro Andino de Acción Popular **CAAP**, que aparece cuatro veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de **ECUADOR DEBATE**.

**SUSCRIPCIONES:** América Latina US \$16; ejemplar suelto: US \$5. **Otros países** US \$18; ejemplar suelto US \$6; **Ecuador** S/. 4.500; ejemplar suelto S/. 1.200.

**ECUADOR DEBATE:** Apartado aéreo 173-B, Quito, Ecuador. Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

Se autoriza la reproducción total o parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a **ECUADOR DEBATE**.



Centro Andino de  
Acción Popular  
**CAAP**  
Director ejecutivo:  
Francisco Rhon Dávila

# El fin del centralismo económico

## LAS CERTEZAS DERRUMBADAS

Wolfgang Schmidt

---

### TEMA CENTRAL

---

Si Marx había elaborado con el análisis de la mercancía y de la acumulación del capital un fino tejido de criticidad, los adeptos militantes y los miembros de la jerarquía política necesitaban, por el contrario, fórmulas de legitimación del poder estatal, de modo que suprimieron el potencial crítico de la teoría para transformarlo en un saber de afirmación ideológica.

Después del derrumbe del socialismo real, y luego del voto masivo a favor del mercado, la democracia parlamentaria, el pluralismo y la elevación del consumo, la economía capitalista parece haber ganado la batalla histórica: mientras ésta crecía sin cesar en la última década, la economía centralizada, aun con las reformas introducidas desde los años 60, llevaba a las sociedades socialistas al tercermundismo. Con un nivel de productividad de tres a cinco veces menor que en occidente, los países socialistas no lograron superar la economía de la escasez, y tampoco lograron metas sociales más allá del cálculo monetario, quedando la promesa revolucionaria de sustituir la lógica mercantil por la racionalidad del valor de uso en el lirismo lingüístico. Lo concreto se manifestó en mercancías mal hechas,

un gasto excesivo en insumos, condiciones miserables de trabajo que recuerdan la situación laboral del capitalismo temprano, y un descuido del entorno sin precedentes. Así fracasaron el proyecto del desarrollo de las fuerzas productivas vía partido-Estado, y el dogma estalinista según el cual el progreso económico sólo era posible mediante el crecimiento de la industria pesada.

Al declarar la identidad entre socialismo y planificación central, la concentración de los recursos materiales y humanos en el sector I (medios de producción) de la economía fue una consecuencia lógica: las posibilidades toscas e inflexibles del aparato planificador obligaban al desarrollo de la industria pesada —y en particular la militar— en pocas unidades productivas. No importó

dida de recursos y de energía humana, porque al principio hubo en efecto "crecimiento y progreso", y nadie preguntó por el costo de la empresa; éste solo se presentó cuando la red económica se había diversificado, mostrando con insistencia que el armazón de la burocracia quedaba estrecho para el manejo de economías complejas e interdependientes.

No obstante los múltiples tratados técnicos sobre la cibernética que se han elaborado con gran fe en los países del este, la nomenclatura no asumió lo esencial de los sistemas autorregulativos: los subsistemas tienen que ser autónomos para poder adaptarse a la dinámica del conjunto. Tal como en una partida de billar: el juego solo funciona cuando cada bola puede moverse libremente. No es posible mantener un control rígido y a la vez exigir la flexibilidad individual de cada unidad productiva. Siguiendo con la imagen: el Estado puede determinar las reglas de juego, pero no el juego en sí mismo. Todas las reformas económicas emprendidas desde los años 50 (Libermann) fracasaron porque trataron el problema de la mediación entre el trabajo individual y social sólo de una manera técnica: incentivos individuales, nuevos cálculos de rentabilidad, infinitas reformas de precios, nuevos controles de calidad y la mayor autonomía relativa de las empresas; medidas todas que no lograron resolver la contradicción entre las metas planificadas, las necesidades de la población y la producción en unidades cada vez más complejas. Nunca se pudo elaborar una estructura de precios que reflejara el valor real de los pro-

ductos, las preferencias de consumo y el valor de los medios de producción. Por ello, tampoco fue posible obtener una estructura óptima del uso de los recursos. En estas condiciones, era lógico que se estableciera una economía de sombra que distorsionó aún más los circuitos de la planificación y del "mercado socialista".

En términos históricos, la política económica del socialismo nació de una situación de subdesarrollo. En la Unión Soviética de los años veinte, sumida en un estado generalizado de atraso productivo, el desarrollo de las fuerzas productivas fue visto como la muerte principal del socialismo. La idea de que el Estado sería el instrumento idóneo para forzar el desarrollo parecía lógico ya que, supuestamente, disponía de la capacidad de centralizar y canalizar las fuerzas económicas con mayor eficacia que el mercado. Se suponía que en una situación de subdesarrollo la administración centralizada de las fuerzas productivas llevaría rápidamente a una economía avanzada. Pero en vez de una economía próspera surgió la ideología del tonelaje, que confundió el cálculo en términos del valor de uso con la razón métrica.

Pero el valor concreto de una máquina no está determinado por las horas de trabajo, por su peso ni por el número de piezas que contiene, sino que depende de la función para la cual fue construida, función que define también quién la va a utilizar. En otras palabras, era la demanda la que debía determinar lo que se produjera, y no una central burocrática alejada de la articulación de las necesidades económicas de la socie-



dad.

En una sociedad sin tradición democrática alguna, era muy natural pensar en un desarrollo desde arriba; ante una situación de caos, pobreza, dependencias personales e ignorancia, la modernidad apareció como un mundo racional, lleno de luz, endurecido por leyes mecánico-instrumentales.

A nivel teórico, aquello implicó la comprensión instrumental de la teoría del valor. Si Marx había elaborado con el análisis de la mercancía y de la acumulación del capital un fino tejido de criticidad, los adeptos militantes y los miembros de la jerarquía política necesitaban, por el contrario, fórmulas de legitimación del poder estatal, de modo que suprimieron el potencial crítico de la teoría para transformarlo en un saber de afirmación ideológica. Promotores del progreso de las fuerzas productivas, admiradores de la modernidad como canto supremo del cambio y de la ruptura, adoraron el cálculo matemático y la ingeniería como los instrumentos centrales del desarrollo, y como antípodos culturales de las tradiciones étnicas, de la ignorancia del campesinado y del atraso. Así, el socialismo se transformó de una utopía de emancipación, en una maquinaria de la acumulación originaria.

La funcionalización de la ley de valor como instrumento aritmético de planificación, ignoró que el valor no es susceptible al cálculo en términos de horas de trabajo. Como el trabajo socialmente necesario sólo se impone mediante las fluctuaciones del mercado, es imposible saber de antemano la magnitud del valor social. Éste se manifiesta en el

juego de los precios, y solo a espaldas de los productores genera el hilo social entre los individuos. Mientras la sociedad está compuesta por una red de productores y consumidores separados, la ley de valor se impone en un movimiento que oscila alrededor de un equilibrio imaginario e inestable. La voluntad política no es capaz de anular el mecanismo mediante decreto, pues son las relaciones sociales individualizadas las que generan las formas mercantiles, formas que no desaparecen simplemente con la abolición de la propiedad privada. La creencia de que la forma jurídica de la producción incide de manera directa en su organización económica y social fue, fundamentalmente, el dogma que llevó la política económica socialista al fracaso. Por el solo hecho de tener una forma estatal de propiedad los colectivos agropecuarios y los complejos industriales no resolvieron la tensión entre el carácter individual de la producción y su interdependencia social. Y la alusión ideológica permanente a los valores morales de la colectividad sólo ofuscó el carácter verdadero de las relaciones sociales, que siguieron siendo mercantiles. Al tratar el mercado como algo endemoniado, la burocracia se cerró el camino para comprenderlo en su función de mediador de informaciones y del trabajo gastado en una sociedad fragmentada.

Bajo estas condiciones, el Estado sólo pudo desempeñar un papel de compensación y de generación de metas macroeconómicas, interviniendo mediante la política monetaria, fiscal y de crédito, para dirigir recursos a los sectores preferenciales; es decir, el

tipo de política estatal que formula estrategias económicas a largo plazo, mientras las empresas procesan estos datos vía los mecanismos del mercado. Si las fuerzas del mercado hubieran conducido la economía en una dirección socialmente no aceptada, el Estado habría intervenido con el instrumental de la política económica. Además, hubiera podido manejar los precios de los bienes naturales, evitando así el desastre ecológico que dejó atrás la economía socialista. Ello suponía una verdadera socialización de la propiedad, el pleno funcionamiento del mercado y la democratización de las decisiones de la política económica, y no solo la identificación ideológica entre socialización y estatismo.

La burocratización de la economía no resolvió ninguno de los problemas; al contrario, los agravó en la medida en que identificó sus intereses con los intereses de los demás.

### **El laberinto del lenguaje y la obsesión de control**

La élite política confundió su discurso con una realidad cada vez más distanciada del edificio bizantino de justificaciones retóricas. Bajo esta capa discursiva se generó la desconfianza entre la nomenclatura y la población, un desdoblamiento del lenguaje que penetró todas las esferas comunicativas. Así, la burocracia utilizaba un lenguaje del cual desconfiaba, pero que seguía manejando a falta de otro, y la gente se vio obligada a dividir su lenguaje en uno o varios dialectos oficiales y en otros privados, y todos a la vez apren-

dieron el arte de decir lo necesario en un lenguaje de doble sentido. Los mensajes de ambigüedad se establecieron como los vehículos generalizados de la comunicación, convirtiendo a la adivinación en un arte necesario para descifrar los códigos secretos. De esta manera se daba una correspondencia entre el mercado económico de sombra y el mercado de las palabras de doble sentido. Lo paradójico de la comunicación socialista fue que su exigencia totalitaria de transparencia y racionalidad la convirtió en uno de los lenguajes más ambiguos y enigmáticos de la modernidad.

Este laberinto kafkiano de la comunicación provocó el afán obsesivo del control desde arriba: como nadie confiaba en nadie, el control social apareció como el único instrumento capaz de imponer un orden práctico. ¿Pero en base de qué información la nomenclatura controlaba la sociedad? ¿En base al reinante lenguaje fantasmagórico? Es evidente que el poder fue víctima de su propia falsificación: ya no sabía distinguir entre informaciones reales e informaciones distorsionadas. Así, el monstruo comunicativo borró las fronteras —siempre nebulosas— entre el saber práctico y su transfiguración.

Con el lenguaje pasó algo semejante a lo que ocurrió con los precios: si al rato nadie sabía cuáles eran los precios que reflejaban la realidad económica, tampoco se sabía cuáles eran las palabras que correspondían a un orden práctico o solo a la lógica interna del laberinto comunicativo, evidenciándose, contra toda noción materialista, que las palabras sí crean un mundo de poder



propio. La venganza de lo reprimido se expresó en la imposibilidad del Estado de disponer de informaciones necesarias para la planificación y el ejercicio del poder: en las sociedades contemporáneas, en las cuales el manejo de la información es uno de sus pilares centrales, el perderse en las esferas desdobladas de la comunicación significa la paulatina excavación de su propio poder. Así quedó en evidencia que las rebeldías de ahora ya no se manifiestan en barricadas y banderas, sino en la subversión comunicativa, en las resistencias lingüísticas y los códigos cifrados de grupos individualizados con características tribales. Porque lo verdaderamente nuevo de la revolución del este consiste en la ausencia de organizaciones políticas centralizadas y de la militancia ideológica tradicional.

Durante años, la angustia y el temor fueron generando signos y símbolos opuestos a la simbología oficial, y el sistema llegó a un punto donde ya nadie compartía un lenguaje común: era la perfecta fragmentación de la comunicación. De allí surgirían las fuerzas de disociación, ya no solo conformadas por los rebeldes clásicos, sino por los cómplices y coautores del laberinto que simplemente llegaron al límite de su capacidad de moverse en él; el gastado hilo de Ariadna se rompió y lo que estamos experimentado ahora es el colapso de uno de los proyectos clásicos de la modernidad.

El mérito de Gorbachov radica en haber entendido que ni las reformas técnicas ni las campañas ideológicas iban a resolver los problemas acumulados en las últimas décadas. Comprendió que

sin una capacidad efectiva de decisión de los individuos que manejan el saber real no hay cómo manejar una economía moderna. Al realizar la vinculación entre el saber, la creatividad, la capacidad de decisión y la democracia, Gorbachov destapó el problema crucial, provocando un proceso que ya está rebasando sus intenciones iniciales; es sabido que la resistencia al cambio que dominaba la escena política del este tenía una de sus raíces precisamente en el temor de que la democratización de la sociedad conduciría a la disolución del imperio soviético.

Ya en los años 20, en el seno mismo del Partido Comunista se formularon severas críticas del modelo estalinista de industrialización y del tratamiento ideológico del mercado. Los más lúcidos insistieron en que las relaciones sociales extremadamente diferenciadas, la heterogeneidad de la estructura productiva, las diversas pautas de consumo y las enormes distancias geográficas no iban a desaparecer por la voluntad del buró político, sino que tenían que expresarse económicamente en la forma mercantil. A ésta conclusión, al menos, tenía que llegar un buen marxismo al estilo de Bujarin o de Rosa Luxemburgo. Igualmente era evidente que la diferencia entre campo y ciudad no iba a esfumarse porque la obsesión progresista del partido quería que se esfumara. La colectivización forzada de la propiedad campesina ignoró las relaciones íntimas entre los campesinos y la tierra, con la consecuencia tal de que hasta ahora la producción agrícola en la Unión Soviética es tan deficiente que tiene que ser completada con importa-

ciones de los Estados Unidos para alimentar al pueblo.

Es impresionante constatar cómo el leninismo-estalinismo transformó el análisis "materialista" de la sociedad en el voluntarismo de una vanguardia industrializante. Y es también impresionante ver cómo el partido puso al marxismo de cabeza, y todos quienes se oponían desaparecieron en el Gulag o en fosas comunes en nombre del tiempo nuevo.

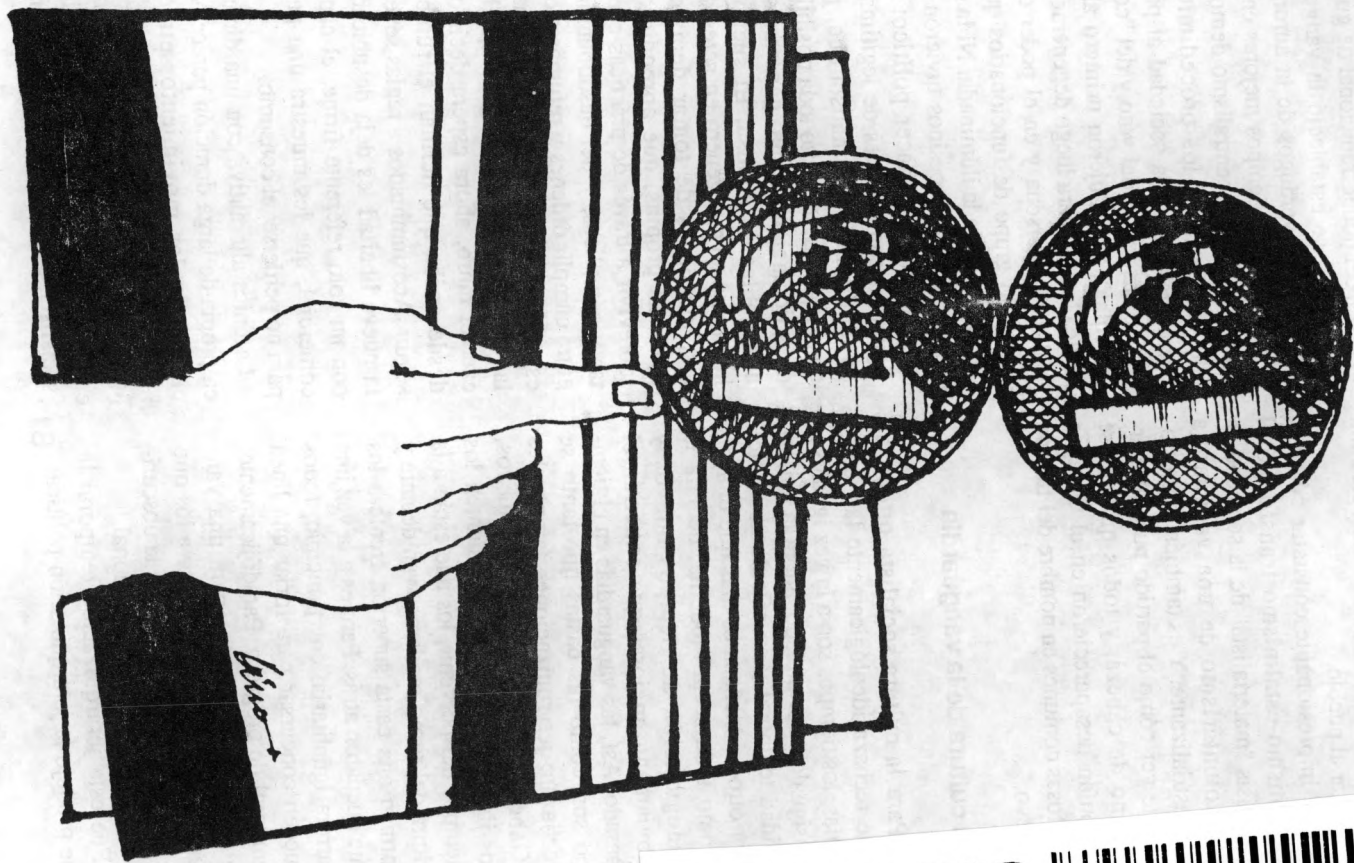
### La cultura de la vanguardia

Para la cultura socialista ortodoxa, que rechaza ideológicamente las jerarquías, los tiempos son a la vez iguales y desiguales. Por un lado, adora la uniformidad temporal y su cálculo abstracto; por otro, el mañana es más que el ayer. Como toda secta moderna, declara la inauguración de tiempos nuevos y obviamente mejores que entierran el pasado. Así, las vanguardias en el tiempo son como las castas que tanto se rechazan: jerarquizaciones temporales (Gabriel Zaid). Los hombres nuevos, los iluminados, los que presienten los tiempos del porvenir, los que están a la altura del ritmo moderno, van delante y forman una casta superior, frente a los que quedaron atrás. Pero es a la vez una carrera igualitaria: en principio, todos pueden concursar para forjar una línea temporal de progreso. Paradójicamente, la supuesta igualdad genera una vanguardia que cree servir mejor a los que se quedaron en el pasado, en la obscuridad de la inmovilidad tradicional.

Fue esta jerarquización temporal la que produjo la jerarquización política:

en vez del poder tradicional de guerra y consenso, se estableció la vanguardia del partido, verdugos de la aurora que en nombre de tiempos mejores enterraron la teoría del centralismo democrático: al trasladar los procedimientos democráticos de la sociedad al partido único, las reglas del voto y del "control popular", se redujeron primero al Comité Central, para luego degenerar en el culto a la persona y en el poder de un reducido grupo de funcionarios que se creía la avanzada iluminada. Ni la clase obrera ni los campesinos tuvieron voto alguno en el quehacer político; solo figuraron como úteres de legitimación en un discurso paternalista que, junto con las armas, les quitó toda posibilidad de articulación propia, generando así una población sumisa. El sueño del hombre nuevo degeneró en seres dóciles, incapaces de tomar decisiones públicas propias, que aprendieron a sobrevivir a través de prácticas corruptas y cómplices, y del desdoblamiento entre cumplir órdenes y refugiarse en el espacio privado. Esta es la tragedia de la revolución del este: la gente que hizo caer el muro, ahora espera decisiones desde arriba que definan el rumbo a seguir. Acostumbrados a reglas severas, la nueva libertad les deja desubicados; con un solo referente firme: el capital comercial, que les muestra una pauta para no perderse: el consumo.

La única alternativa con una dinámica propia de larga duración parece articularse en los movimientos étnicos nacionalistas. Cuando las etnias aparecieron como obstáculo de la gran empresa del desarrollo de la unión socialista, se optó por el fusilamiento



**FLACSO**  
**ECUADOR**



REV9826

y el traslado forzoso de pueblos enteros. Así, el problema étnico se hundió en los conceptos de clase y desarrollo, para después de 70 años emerger como uno de los detonantes más poderosos contra el imperio ruso. Desde el discurso del internacionalismo está levantándose el nacionalismo étnico como el movimiento más articulado del este; conclusión absurda del iluminismo socialista que llenará el enorme vacío que ha dejado el estatismo unificador. Así, la combinación entre el tercermundismo oriental y el nacionalismo étnico se perfila como una de las fuerzas determinantes del post socialismo, y frente a la cual el discurso del mercado, la modernización y la orientación hacia Europa occidental podrían quedarse cortas.

### **El oportunismo de izquierda**

En los años 60 y 70 se criticó a fondo, desde la izquierda, la sociedad del socialismo real (por ejemplo Bloch, Adorno, Horkheimer, Marcuse, Bahro, Havemann). Pero los dirigentes comunistas suprimieron las críticas o las calificaron como desvios pequeño-burgueses, posiciones anarquistas, o simplemente maniobras del imperialismo, preparando así el terreno de la miseria actual de la izquierda que identificó la criticidad y la oposición al capital con el movimiento comunista de partido y la burocracia sindical; y que justificó por décadas los errores del socialismo real en contra de la decencia intelectual, en contra de evidencias empíricas del Gulag y en contra del pensamiento crítico de generaciones de disidentes

anticapitalistas de corrientes y matices distintas. El anhelo de la libertad, los intentos autogestionarios, los movimientos étnicos autónomos y religiosos, socialdemócratas y anarquistas, fueron sacrificados en el altar de la lucha anti imperialista y del desarrollo socialista.

La perversión fue tan perfecta que en este momento cualquier oposición apareció como ortodoxia inflexible, o como aventurerismo romántico, y se ha erigido una presión enorme hacia la resignación o el conformismo, conformismo que es la otra cara de la metafísica trivial y del acomodo en el aparato, pues el oportunismo no fue sólo patrimonio de la pequeña burguesía: la izquierda lo ha admitido en la corte de los partidos, de los sindicatos, de las universidades y de los círculos intelectuales. No existe universidad en América Latina que no haya entronizado un marxismo de última categoría como ideología progresista dominante, reprimiendo cualquier pensamiento contracorriente que tratara de pensar lo otro, experimentar ideas y buscar alternativas a una realidad que tiende a quedarse en lo conocido, aún cuando se vuelva insostenible.

Hace diez años se disputaba sobre la crisis del marxismo; hoy, aquel discurso parece haber sido el último grito de emergencia de aquellos que querían despertar a las cabezas cansadas de los partidos para salvar al marxismo crítico. Mas los sordos dirigentes no podían escuchar y menos aún cambiar de rumbo. Con ellos —al fin— se hundió el marxismo como sistema ideologizado de interpretación del mundo y lo que todavía queda de Marx enfrenta un

futuro incierto.

Muchas de las primeras voces disidentes del otoño del 89 todavía anhelaban un socialismo diferente, una alternativa entre los estériles bloques de la guerra fría. Otra vez apareció la utopía del socialismo democrático, despojado de las atrocidades en el horizonte de las esperanzas. Fue un sueño de corta duración.

Por lo pronto, la mayoría de las sociedades del este anhela el progreso al estilo occidental, y para muchos, la unificación de Europa significa el matrimonio con las monedas fuertes de occidente. Una vez más la economía del libre mercado encontrará consumidores místicos, gente que trabaja y compra con esa mentalidad dinamitera de los años del despegue de postguerra, compuesta de necesidad primaria y religiosidad consumista.

### La vulgarización del marxismo

A la transformación del marxismo en religión estatal correspondió su vulgarización. En América Latina, la ideología progresista degeneró en pedagogía popular: los manuales de la economía política fueron el pan diario de generaciones de universitarios. El análisis crítico del capital se convirtió en el recetario instrumental de la ideología revolucionaria, y la comprensión de las sociedades modernas —capitalistas y socialistas— se vulgarizó en los cajones simplistas de los Materialismos Histórico y Dialéctico. Así, el análisis de las relaciones sociales latinoamericanas fue esquematizado en los moldes de la teoría de los modos de producción, mien-

tras la comprensión del mestizaje, de la heterogeneidad cultural, de la religiosidad y de los valores morales peculiares, era minada por la tesis de la estructura y la superestructura. De esa manera, la peculiaridad social y cultural de todo un continente se hundía en los términos de subdesarrollo y desarrollo, imperialismo y liberación nacional.

La percepción latinoamericana del "pensamiento revolucionario" se caracteriza por un problema nunca resuelto, propio tanto de los países en "vías de desarrollo" como en "vías del socialismo", a saber: que la determinación de las causas del subdesarrollo y del atraso está impregnada por la meta de alcanzar los niveles de vida de los países capitalistas industrializados. El desarrollo tiene como referente el nivel que ha logrado occidente.

La modernización era buena y anhelada profundamente por la intelectualidad latinoamericana. Pero, ¿quién determinó el contenido de la modernización? Por un lado se criticó a occidente como imperialista; por otro se festejó el progreso que empíricamente sólo presentaba dos versiones: la modernidad en términos capitalistas, o el desarrollo de las fuerzas productivas en el socialismo estatal.

Es que el marxismo no se difundió como una teoría crítica, sino que, en América Latina, asomó con una doble cara: como metáfora de la actitud anti imperialista, y como teoría del progreso de las fuerzas productivas bajo la tutela del Estado. La crítica cultural de la modernidad y la búsqueda experimental de los nuevos movimientos sociales solo fueron percibidas marginalmente y

nunca penetraron a las universidades, los partidos o los movimientos populares. En la tradición latinoamericana del positivismo instrumental, el marxismo fue desde el principio una ideología destinada a justificar una maquinaria estratégica para conquistar el poder. Reducido su mensaje a una moraleja de la defensa de los pobres, no tenía nada que ver con la tradición crítica europea, ni con los movimientos occidentales desidentes; más aún, ni siquiera había nacido de la resistencia indígena y campesina del continente.

José María Arguedas trató de encontrar una síntesis entre el socialismo y los movimientos indígenas y campesinos. Su suicidio ilustra la tragedia de la izquierda latinoamericana, incapaz de hallar un puente entre el discurso revolucionario racionalista, occidentalizado y modernizante, y la carga cultural indígena de los movimientos campesinos. En esa imposibilidad se encuentra, tal vez, una de las causas materiales de la esquematización del discurso de izquierda, su reducción a enunciados populares y afirmaciones revolucionarias con el afán de "acercarse al pueblo". Y, tal vez el suicidio del escritor peruano fuese uno de los gérmenes de Sendero Luminoso: desde la muerte propia hacia la muerte de los demás. Porque la disociación entre el discurso de la izquierda y la cultura de los movimientos de resistencia indígena y campesina, no se pudo evitar ni con la vulgarización del marxismo ni con la actitud de culpabilidad y sacrificio.

Ahora, perdido el referente del socialismo real, la ausencia histórica de las corrientes críticas del marxismo dejó a

la izquierda latinoamericana en un enorme vacío. Ello no significa que la renovación de la Escuela de Frankfurt, o los movimientos de autogestión, o el anarquismo, brindan una salida política para la izquierda: ni aquí, ni allá. Pero el potencial crítico de aquellas tradiciones ha creado una sensibilidad para detectar el carácter ideológico de los llamados "tiempos más allá de las ideologías"; con su capacidad analítica afilada en los conflictos ideológicos de los años 20 y el fascismo, dicho pensamiento descubre en la cultura moderna de masas, en el elogio del mercado y en el discurso post moderno fuertes dosis ideológicas que tienden a convertirnos en dóciles ratas consumistas, o peones eternos del palacio de cristal. Es esta sensibilidad crítica del adorno de la "dialéctica del iluminismo" la que alimenta una disidencia más allá de los cánones de la izquierda tradicional y del discurso aritmético de la modernización; disidencia que en América Latina se nutrirá de una nueva criticidad desencantada de los proyectos de la modernidad y de movimientos sociales, cada vez más autónomos y carentes de un discurso único.

Estos movimientos lograrán una dinámica propia dentro de nuevas reglas democráticas institucionalizadas, liberadas del discurso tradicional de izquierda y de las seducciones de un nuevo fundamentalismo étnico-nacionalista o, frente a la tremenda carga social que está soportando América Latina, se hundirán en el populismo fascistoide, asociado al proyecto económico neoliberal. •